

**COMUNICACIÓN: ENCUENTROS Y DESPEDIDAS A TRAVÉS DE LAS
CANCIONES POPULARES**

PRESENTADA A SYMPOSIUM SEPTG Cullera (Valencia), Mayo 2005.

Autores: Dr. Francisco Rodríguez Rioboo

Dr. Antonio Ares Parra

Más de una vez hemos comentado la belleza y la fuerza de ese fandango de contrabandistas que escuchamos en la voz rota y flamenca de Paco Toronjo. Quisiéramos empezar con él (lástima que no hayamos podido encontrar una muestra sonora de este señor fandango).

*Quando se murió mi jaca
la enterré y besé la tierra
y me despedí llorando
de aquella que fue en la sierra
la perla del contrabando.*

Creo que ya no nos quedan contrabandistas de los de trabuco, manta y faca, aquellos que venían desde Portugal cargados de muselina y tabaco; y tampoco creo que nos queden jacas cuya esperanza de vida esté en relación directamente proporcional con el tino de las carabinas de los carabineros. No, no, ya no quedan carabinas, ni carabineros, ni jacas ruanas o mohinas, tordas, cartujanas, que den la vida por salvar al caballista y el alijo (*Una ronda le alcanzaba, mi jaca de muerte hería, una ronda le alcanzaba. Murió salvando mi vía, yo por la suya lloraba, ¡qué pena de jaca mía!*). Cantado por el aire de Antonio Rengel, el viejo eco huelvano, queda mucho más bonito el fandango; como es fácil de deducir.

Sin embargo, las despedidas nos quedan todas. Y los encuentros, que si algo no aparece difícilmente puede luego desaparecer; aunque, ojo, que desaparecer es voz inoportuna en esto de las despedidas, pues si es verdad que al despedirse uno parte (con el alma y con el cuerpo, con el cuerpo y con lo que le queda de alma), hay querer del todo recios que “aunque se van no se van, aunque se van no se ausentan” y tanto es así, ya lo veremos, que en algunas coplas -¿por qué no también en la realidad?- el que parte lo

hace del todo, literalmente *des-animado*; si la otra parte queda en algún grado desanimada, se nos planteará el problema de dónde ubicar tanta alma o fracción de alma desencarnada.

Hay despedidas de todos los colores, hasta del amarillo, que ya es decir. No podía ser de otra manera, tenía que reinar la diversidad siendo cosa tan propia del hombre el despedirse. Hay despedidas colectivas, que no hay que tener la tentación de confundir con la suma de despedidas individuales; incluso, su carácter colectivo gravitará sobre la elaboración personal; hay despedidas de dos, que son las que abundan más en las coplas y están las despedidas que podríamos llamar a “lo Juan Palomo” que son las más complicadas. ¿Cómo me despido yo, entrando en la vejez, de la edad viril que fui? ¿Y cómo diablos me digo adiós a mí mismo cuando la Parca ha decidido sacarme en breve de este mundo? No es fácil elaborar una despedida para todos los encuentros.

Hay despedidas más largas que un día sin pan, que suelen levantar dolor de cabeza pero poco de corazón- a lo mejor esa es la estrategia de la despedida retórica- y otras enjundiosas y breves, como un hilo de bronce. Las hay de nudo en la garganta y sin palabras y sin pañuelo que enjague la lágrima que no puede salir- ya saldrá a borbotones en la ausencia- y abundan las de mucho moco y mucha lágrima y mucho pañuelo y la garganta en estupendas condiciones de transitabilidad; el corazón, no digamos.

Y mirando a esta o aquella característica de los que se despiden, cómo se despiden y cómo van a digerir la despedida, aparecen, que sé yo, unas cuantas docenitas de categorías para clasificarlas. Y después vienen las elaboraciones y los agujeros que no supieron o no pudieron taparse, y lo que se sale o se mete por esos agujeros y ... al final nos sale una tipología espesa como vino de Toro, larga como carrera de liebre. Con los encuentros nos pasaría no sé si tres cuartos de lo mismo, que es mucho, pero sí cuarto y mitad, que es medida más prudente. Las coplas, en general, son demasiado sucintas para que nos ilustren todas esas clasificaciones; pero entre las muchas y frecuentes tentaciones que nos asaltan no está la de la exhaustividad. Escaso favor le haríamos a las coplas si nos empeñáramos en meterlas por las buenas o las malas en un molde académico.

En cuatro o cinco versos, tratar de meter un encuentro, una despedida y una elaboración, más que esfuerzo de aficionado exige virtud de mago, cosa que, a nuestro pesar, no somos. Sin embargo, creemos que las coplas a lo chico, como son ellas, sí pueden contarnos algo de esas cosas por las que estamos en este Symposium. Y como somos viejos aficionados a la canción popular, los encuentros- los bonitos, claro- nos chiflan y a las despedidas sabemos sacarle su regusto, aunque sea amargo, pues, eso, por eso nos hemos venido aquí.

Preguntado George Duby, el gran medievalista francés que cómo construía la Historia- saber inverificable más tirando a humo que a otra cosa y añádasele a ello la escasa documentación disponible-, respondió que se la inventaba; eso sí, se la inventaba con rigor. Nosotros también tendremos que inventarnos algo, y si el rigor estará más bien en la voluntad que en el conocimiento, como es poco invento de cosa chica, bueno o malo, poco daño hará. Hemos cogido cantos populares, en el clásico sentido de anónimos, tradicionales y gestados en el modo de hablar y de entender la vida por el pueblo- suele ser fácil distinguir entre la copla popular y la culta que quiere ser popular, pero a veces se complica la cuestión-; pero también hemos tomado lo popular en el sentido de aquellos cantares, que aun procediendo de origen culto, el pueblo hace suyos. En esa vía hemos recogido alguna tonadilla o cuplé cuya popularidad- y belleza- han sobrevivido al paso de los años. Su mayor extensión métrica nos ha permitido movernos con más holgura que en esas perlas de cuatro versos que nos ha legado la tradición.

Casi todas las realidades quedan reflejadas en los cancioneros: amores- sobre todo- desdenes, ternezas, maldiciones, bodas, entierros, quejas, ausencias... y, claro, también encuentros- no demasiados- y despedidas, aunque en gran parte sean despedidas de ronda, que es como decir “hasta pronto Inés”. Sin embargo, ojo, que las coplas aparte de cumplir la esencial función de poetizar, que siempre implica empresa de humanización, de rehumanización con más exactitud, y al tiempo, recreación de las cosas, del ser, además de ello cumple el no menos importante cometido pedagógico de aprender a elaborar respuestas a situaciones existenciales; precisamente, uno de los problemas que tenemos hoy es que hemos perdido esos aprendizajes y las crisis nos suelen pillar en paños menores, o mejor en paños melones, que decía la monja pacata de un viejo relato del XV.

El que se despide de la novia en la ronda, grandilocuente y barroco, está preparando una fórmula- de ahí el verbo exaltado- para despedidas de más fuste. Si la copla hace fortuna y cuaja cumplirá frecuentemente el papel de máxima, servirá para comprender situaciones –“a mí me pasa como al de la copla”, se dice aún con alguna frecuencia- ; en suma, servirán para orientar y respaldar conductas. Las coplas, como los refranes, transportan códigos éticos y estéticos. Estos códigos populares tienen la ventaja sobre los oficiales que generan las clases dominantes- con los cuales coinciden en buena parte- que ofrecen más plasticidad en la respuesta, con lo cual el que no se contenta es porque no quiere.

En cuanto a las fuentes- ya salieron los académicos-la principal es la que tenemos en la cabeza y de ella es de la que básicamente hemos bebido. Aficionados al cante flamenco y al folklore en general desde antes de nacer, ya tenemos unas cuantas coplas en el saco; no creemos que fuera exagerado decir: *Tengo mi cuerpo de coplas,/que parece un avispero;/se empujan unas a otras,/ por ver cual sale primero.*

Hemos repasado también unos cuantos cancioneros, del que cabe destacar la magna recopilación (¡casi seis mil coplas!) que hizo el folklorista Rodríguez Marín en la última década del XIX y principios del XX. Y ahora sí que sí, ahora ya entramos en materia, y poco falta ya para que vengan las coplas.

Encuentros hay muchos. Uno se puede encontrar con Africa y- al menos antes – ese era un encuentro para siempre; había que volver de nuevo a ella. Aparte de ese no sé qué hecho de colores, olores, sabores, hospitalidad y belleza, ¿será nuestro retorno al origen, a la tierra primigenia, al país de Lucy, lo que hace de Africa la gran seductora? Uno también se puede encontrar con una parte de uno mismo que elidió y entonces el chaparrón está garantizado, aunque después pueda salir un sol estupendo. Y claro está, hasta es posible que el encuentro sea en un aeropuerto, ese no-lugar en esa buena definición de Marc Augé. Pero en la tradición, que es el mundo de nuestras coplas, se viajaba muy poco, no había aviones ni aeropuertos, y lo mejor que podíamos hacer con las partes escondidas en los rincones de nuestra conciencia, era comérmolas con patatas,

que los escondrijos estaban mal vistos y los psicólogos aún no habían venido para cosernos los hilos rotos del alma.

No podían quedar por Internet y en el casino, sobre todo en el de los jornaleros, los de la copla, casi siempre eran los mismos. Tenían poco, pero esquinas les sobraban. Nos decía Azorín, contundente, que uno nunca sabe qué puede encontrarse detrás de una puerta, hasta tal punto que él en cierta ocasión atravesó una y se encontró con una habitación empapelada toda ella con un papel enteramente pintado de golondrinas. Las esquinas posibilitan más sorpresas aún. Nada como una esquina para el encuentro súbito, azar y destino irrumpiendo de un golpe. Al doblar una esquina puede aparecer lo inesperado y, lo que hace prodigioso a las esquinas, desaparecer lo esperado: el esquinado. Pero olvidemos lo segundo y veamos, más por lo concreto lo que puede pasar al revolver una esquina.

*Al revolver aquella esquina
me dieron tus resplandores;
sabes a lo que vengo, niña,
a coronarte de flores,
de nardos y de clavellinas.*

Este es el encuentro luminoso por excelencia, luminoso y numinoso, que es claro que la irradiación de la amada provoca en el amante un movimiento entusiástico en el sentido etimológico del término.

Creo que es fácil coincidir en que eso de que te envuelvan en resplandores debe ser una cosa estupenda – es experiencia de santidad-, pero convengamos que el que te coronen de flores no es moco de pavo. “Dame resplandor y toma corona”, el encuentro es, en principio, magnífico.

Sin meternos en la cuestión del aura, la verdad es que algunas personas “ irradian” – aunque sea en ocasiones- y hay quien recoge esas emanaciones y queda prendido en ellas. ¿Feromonas irresistibles? ¿Fotones con altísima capacidad de seducción? ¿Corrientes electromagnéticas que subyugan? Si pudiéramos detectar y activar estas emociones a voluntad, qué peligroso por un lado, qué posibilidades terapéuticas por otro. Pero volvamos con nuestra historia de resplandores y coronas. Sabemos que durante un tiempo las cosas fueron muy bien , pero ella tuvo que ausentarse una larga temporada para cuidar de una tía carnal que padecía de una artrosis muy avanzada. La documentación es clara, aunque poca, en este punto. Esta confirmado que él, al

despedirse la dijo, y además se lo dijo cantando, que presumía y con razón el enamorado de tener una bonita voz; estos caracoles fueron su despedida:

*Primero que yo te orbide
Mariquita del Rosario,
han de echar los olivares
ubas y limones agrios.*

Mariquita del Rosario, la de los resplandores, que tenía muy poquita voz pero muy gustosa, le respondió:

*Aunque cien años pasaren
yo seré como la mimbre,
que el viento la bamvolean
pero se mantiene firme.*

Bellísima soledad de la Serneta que da cuenta fiel de que ante amores tan rotundos, poco importa la ausencia. Así creían de rotundos sus amores los amantes. Para él, hombre fuertemente arraigado en el campo, labrador hijo de labradores, las figuras camperas eran su fuerte. Nos consta que también cantaba mientras faenaba eso de:

*Antes que yo te orbide,
si tu me quieres,
echarán los olivos
ubas jaenes.
Si tú me estimas
echarán los olibos
naranjas chinas.*

Y los que le escuchaban alababan tanto la donosura con que dibujaba estas viejas alegrías como los enamoradísimos contenidos que sabían respondían a amor real. Parece que cuando el aguardiente le provocaba más que un aceptable estado de exaltación, cantaba, enamorado e hiperbólico

*Agua me nieguen las fuentes
el cielo me desampare,
lluevan las plagas de Egipto
sobre mí, si te olvidare.*

Ella con lo de su tía apenas si podía cantar- que eso de cantar con familiar enfermo era cosa que antes se veía muy mal- pero consta que un día yendo hacia la botica iba tateando una copla que aprendió de un tío suyo que una vez fue a la capital. Ya hubiésemos nosotros querido tener una novia que en nuestra ausencia cantara lo que cantó Mariquilla:

*Los árboles de Aranjuez
unidos de siete en siete
no tienen tanta firmeza
como yo para quererte.*

Pero pasó el tiempo, y con el tiempo también pasó algo muy gordo y la historia se fue al garete. Sí, sí, parecía imposible, pero así fue. Será porque con la distancia los resplandores pierden fuerza, las coronaciones florales son menos frecuentes...a saber. El caso es que dicen que él encontró otra señora- no sabemos si con resplandores o no- e hizo bueno el refrán de *Ausencias causan olvido*. Precisamente con este refrán contestaba él a quien le preguntaba sobre sus amores pasados, que él mismo se cansó de pregonar que eran inolvidables. No sabemos si esta respuesta llegó a ella, pero lo que sí sabemos de cierto es que la oyeron cantar una soleá, una soleá de Triana, que decía:

*Dicen los sabios doctores
que ausencias causan olvío.
Pero yo no te he olvidao
ni al querer que te he tenío.*

Cuentan, y puede perfectamente ser fantasía, que pasado bastante tiempo se encontraron de sopetón, y tuvieron unas palabritas. El que dice que lo vio , que era coplero, sacó este cante:

Amores que se han querido

*y se encuentran en la calle,
se les muda la color
o se hacen un desaire.
Por dentro sufren los dos.*

A Pepe Toronjo le hemos escuchado esta copla en un fandango alosnero, y qué bien lo hace. En fin, lo que no sabemos de esta historia es si los olivares terminaron echando uvas jaenes. Cada uno es libre de pensar lo que quiera, aunque nosotros nos inclinamos a que sí, o casi.

Otro de los pocos encuentros de los que tenemos conocimiento y alguna documentación es el que comenzó al salir de la capilla del Carmen, en Triana. De nuevo el encuentro parece que fue presidido por Cupido:

*A la salida del Carmen,
me miraste y te miré;
cadena de amor me echaste,
cadena de amor te eché.*

Se nos dice que ella iba cantando por todos los sitios:

*Por donde quiera que voy
me dicen que yo soy tuya;
¿Qué cadena me has echao
que me tienes tan segura?.*

No es por nada, y menos aun por quitarle mérito al encuentro, pero las cadenas, aunque sean de amor, no traen nada bueno. Pero sea como fuere, a lo primero daba gloria ver como se querían. Y tanto era –parecía- así que pensando que alguna vez tendrían que separarse, anticipando futuras despedidas, hacían una cosa que se suele hacer cuando las hormonas andan amotinadas: negarlas. El sistema es bueno, se mueren los dos a la vez y sobra la despedida; ni hay que prepararla ni elaborarla, ni nada de nada. Fíjense en las cosas que decía ella:

El día en que tu nacistes

*aque! día nací yo;
el día en que tu te mueras
nos moriremos los dos.*

Él, el mozo, previendo que no sería fácil morirse a la vez, pero no menos dispuesto a manifestar la enormidad de su amor- y de paso la prioridad ontológica de su condición de varón- le contestaba:

*A la sepultura iremos
tu detrás y yo delante;
yo no me aparto de ti
hasta que Dios me lo mande.*

Ella, que quería immortalizar su amor sin que la muerte supusiera moratoria alguna, solía cantarle:

*Con la sangre de mis venas
te firmaré una escritura,
de no dejar tu querer
ni en la misma sepultura.*

Pero pronto se impuso la primera despedida real. A él se lo llevaban a África, por la cosa de la mili, poco antes del desastre de Annual. Era cosa de ver a las novias cantando en la estación a coro eso que ustedes habrán oído más de una vez:

*Madre, los quintos se van
y se llevan a mi Pepe;
ya no tengo quien me traiga
horquillas para el rodete.*

Sin embargo, ellos se decían cosas de más fuste. Ella –algo cursi, a decir verdad- le decía:

Adiós, dueño de mi vida;

*adiós, hechizo del alma;
adiós, norte de mi amor;
adiós, mar de mi esperanza.*

Y luego, para desactivar la despedida le cantaba:

*Nunca me digas adiós
que es una palabra triste;
corazones que se aman
nunca deben despedirse.*

Su respuesta, la del militar a la fuerza, no podía ser otra que:

*Aunque me voy, no me voy,
aunque me voy, no me ausento;
aunque me voy de palabra
pero no de pensamiento.
Aunque me voy no me voy.*

Ahora sí que ya no resistimos la tentación de escuchar este conocido y bello fandango de Huelva en la voz emblemática y fandanguera de Paco Isidro.

Sea porque ella era mucho más liviana que lo que sus letras pregonaban, sea porque la campaña de África era muy larga, el caso es que a ella la oían con frecuencia tatarear letrillas que no presagiaban nada bueno. Escuchen, escuchen:

*El amor que te tuve
fue de bayeta;
se le ha caído el pelo;
ya no calienta.*

*Si quieres que te lo diga,
cantando te lo diré;
el amor que te tenía
por donde vino se fue.*

Y para colmo también cantineaba, seguramente para justificar lo frágil de su amor, lo de:

*En tu vida pongas, niña,
tu amor en un militar;
que con el tambor se viene
y con el tambor se va.*

De él, sabemos que tuvo un problema serio con un sargento de cuchara- agresión con lesiones- y dio con sus enamorados huesos en la cárcel. Un cabo primero de prisiones, que era bueno, le escribía las cartas, pero no recibía contestación. Lógicamente, cantaba cosas como:

*¡Adiós!, porque ya me faltan
los alientos, dueña mía:
que te he escrito cinco cartas
y no das señal de vía.*

A lo primero hizo popular en la cárcel una copla que decía:

*Ahora sí que estamos bien:
tu presa y yo prisionero;
tú con caenas de amor;
yo, con caenas de hierro.*

No tardó en darse cuenta que el único que tenía las “caenas” era él. Y ella estaba más suelta que una garza. Este documento es del todo esclarecedor:

*Cuando en prisiones me viste
el alma se te alegró,
y a tu madre le dijiste:
ya ese pájaro cayó,
que estaba comiendo alpiste.*

Entre el riguroso clima rifeño, la cárcel y el desengaño, debió quedar medio trastornado. Pero no deliraba, no, en absoluto, cuando cantaba:

*Quien lo había de desí
que una cosita tan durse
tuviera amarguito el fin.*

Conocemos más historias, para recordar, de refilón; una que , al contrario que las otras, empezó con un encuentro que llamaríamos soso y luego fue a más

*La primera vez que te vi
me pareciste mi hermana;
y ahora, de buena gana
diera a mi hermana por ti.*

Esta historia no es tan truculenta como las anteriores, dónde va a parar. Al parecer el negocio no les fue bien, cosa tan frecuente, y decidieron tomar cada uno su camino; eso sí, concertaron verse por última vez en un olivar que había a la salida del pueblo de ella, para allí despedirse. De ahí salió una copla; no se sabe si la ideó ella, o él, o ambos al alimón. Dice la copla:

*Se despiden dos amantes
al pie de una verde oliva;
como la oliva es amarga,
amarga es la despedida.*

Y ahora nos vamos con la música a otra parte, pero a otra parte cerquita. Nos vamos a lo que se llama, genéricamente, cuplés. Poco veremos, que el tiempo ya no da para mucho, y ese poco será el que todos tenemos en la cabeza: *Tatuaje*, de León- Valerio- Quiroga. Es uno de los más conocidos logros que consiguieron esa exitosa pareja artística que fueron Rafael de León y doña Concha Piquer. Vamos primero a oírlo, que su viejo sabor romántico y desgarrado, todavía puede agitar nos el cuerpo.

“Las aguas simbolizan la suma universal de las virtualidades” nos decía con frecuencia Mircea Eliade. En el gran cuenco de las aguas, en el mar, se ocultan todas las latencias,

los gérmenes, lo amorfo. La inversión *de-forma*, disuelve las formas; lo que emerge, está, literalmente, *re-formado*, rehecho de otra manera. De ahí la muerte y el renacimiento ritual en las aguas, las lustraciones renovadoras. En el mar está probablemente el origen de la vida, y en él vemos reflejado el punto y la oficina de nuestro empezar a ser.

Pero el mar, sobre todo, es el *Otro* absoluto y el lugar por donde, más allá de la línea del horizonte, vienen los *otros*. El mar es demasiadas cosas fundamentales para que no nos llene la cabeza de símbolos y mitos.

Del mar vienen- venían- las maderas preciosas y los pájaros de plumas de muchos colores; ahora nos vienen tornillos y combustibles, barcos cargados de arroces transgénicos. Pero sobre todo lo que nos trae el mar son viejos mitos y sueños.

Que la mujer de la historia practicara el viejo oficio o lo rondara- como es común opinión- nos trae al fresco. No es lo relevante. Ella iba al puerto a ver si realizaba el sueño que había programado meticulosamente tantas veces: el mito del extranjero, la historia de amor enloquecedora con el *Otro*. Y como los dioses castigan a los hombres concediéndoles lo que desean, le enviaron un dios menor, absolutamente alto y absolutamente rubio, es decir, absolutamente distinto al español promedio del momento, para que colmara su sueño. Lo de rubio es uno de los tópicos que arrastramos, porque en España siempre hubo rubios y rubias suficientes y suficientemente guapos y guapas, pero en lo otro, en lo de la altura, hay que reconocer que por los años cuarenta nuestra talla no era en exceso elevada. Pero, pelillos a la mar, el *Otro* que viene en un barco de nombre extranjero- nórdico muy probablemente- esta bien construido: encontrarle en el puerto- lugar de mestizaje entre el mar y la tierra- : “cuando el blanco faro sobre los veleros su beso de plata dejaba caer”, es un encuentro de primera división, de primerísima.

Pero el encuentro es básicamente un *re-encuentro*, que el dios rubio había sido minuciosamente elaborado, incluso lo de la voz “doliente y cansada del acordeón” también estaba ya dibujado.

Al principio de los cuarenta, la estampa del “soñado” debió ser impactante; luego, años más tarde en España, empezaría a ser más frecuente ver a muchachotes altos y rubios, no sé si como la cerveza, pero sí rebosantes de ella en las noches portuarias y no portuarias. Lo que no estaba en el guión es que él seguía desesperadamente enamorado de una sombra del pasado. No fue, realmente, un beso de amante, lo que le dejó al despedirse; sino que el regalo – envenenado- fue dejarle una historia de amor del todo

descompuesta e imposible. Ella y el tatuaje gravado en la caricia de su piel reprodujeron fielmente por mares y puertos la historia tronchada del marino alto y rubio como la cerveza. Tal vez metió en el juego a otro, a otros, tal vez no, pero si está comprobado que el aguardiente calma –de momento, que luego las exalta- las penas de amor, parece que también está comprobado que sienta fatal para el hígado. ¿Cómo terminaría la mujer del puerto a la que el mar le trajo un dios rubio y un dolor para siempre? No queremos ni siquiera imaginarnos que en su ancianidad, entre la hepatitis y el cansancio, terminase emborronando el tatuaje.

Y ya nos despedimos, pero como estamos en Valencia, lo haremos a la valenciana:

*La despedida te echo
al uso del valenciano;
con una rosa en la frente
y un clavel en cada mano.*

